en el Antiguo Continente en sitios húmedos y templados. Los codices mexicani que se conservan están pintados en pieles de ciervo unos, otros en telas de algodon ó papel de pita. Parece probable que los Americanos hayan empleado como los Griegos, y en general algunos pueblos mas del Antiguo Continente, antes que el papel las pieles curtidas y preparadas; cuando menos se cree que los Toltecas usaron de las pinturas geroglíficas, en una época en que habitaban provincias setentrionales donde el clima es contrario al cultivo del agave.

Los Mejicanos no trazaban las figuras y caracteres simbólicos en hojas separadas, sino que cualquiera que fuese la materia empleada para los manuscritos, se la plegaba casi siempre en ziczac, de un modo especial, semejante al que se acostumbra en las telas de los abanicos; raramente se formaban rollos. Dos tablillas de una madera ligera se unian á las extremidades, una por cada lado, de tal suerte, que antes de desenvolver la pintura parece un libro encuadernado enteramente. Por virtud de esta disposicion al abrir un manuscrito como si fuera tal libro, solamente se ven de una vez la mitad de los caracteres, los que están dibujados por una cara de la piel ó papel de pita, y es preciso para examinar todas las páginas (si es que podemos llamar así esas fajas de 12 á 15 metros de largo, en ocasiones), extender el manuscrito de izquierda á derecha y luego de derecha á izquierda. Ofrecen las pinturas de que tratamos gran parecido, bajo este respecto, con los manuscritos siameses que se custodian en la Biblioteca de París, plegados tambien en ziczac.

Los volúmenes que los primeros Misioneros de Nueva-España llamaban libros mejicanos, con bastante impropiedad, contenian nociones de multitud de objetos distintos, y venian á ser anales históricos del Imperio mejicano, ri-

tuales para indicar el mes y dia en que tocaba sacrificar á tal ó cual Civinidad; representaciones cosmogónicas y astrológicas; piezas de procesos; documentos catastrales y de divisiones de las propiedades de un partido; listas de los tributos pagaderos en las diversas épocas del año; cuadros genealógicos para regular el órden de sucesion en las familias y las herencias; calendarios con las intercalaciones del año civil ó del religioso; pinturas, finalmente, para recordar las penas con que debian castigar los jueces los delitos. Mis viajes á diferentes regiones de América y Europa me han proporcionado la suerte de examinar mayor número de manuscritos mejicanos que el visto por Zoega, Clavigero, Gama, Hervas, ingenioso autor de las Cartas americanas, el conde Carli, y otros sabios que han escrito despues de Boturini acerca de los monumentos de la antigua civilizacion de América. En la preciosa coleccion que se conserva en el Palacio del Virey, en Méjico, he encontrado fragmentos de pinturas relativas á cada uno de los objetos que acabo de enumerar.

Llama justamente la atencion la gran semejanza que se observa entre los manuscritos mejicanos conservados en Veletri, Roma, Bolonia, Viena y Méjico; pudiendo tomarse á primera vista por copias unos de otros, pues que todos presentan la misma incorreccion de contornos, cuidado minucioso de los detalles y gran vivacidad en los colores, distribuidos de modo que produzcan los mas notables contrastes; cabe decirse en cuanto á la exactitud del dibujo, que excede y pasa de lo mas imperfecto que nos muestran las pinturas de los Indos, Tibetanos, Chinos y Japoneses. En las mejicanas, son las cabezas enormes, constantemente delineadas de perfil, aunque el ojo está trazado como si la cara fuera de frente; excesivamente rechoncho el cuerpo, á la manera que los relieves etruscos,

248

y los pies tan largos de dedos, que mas bien parecen garras de algun ave; indicios claros de la infancia del Arte. Precisa, sin embargo no olvidar, que los pueblos que expresan sus ideas por medio de pinturas, y que por su estado social se ven obligados á emplear con frecuencia la escritura geroglífica mixta, dan tan poca importancia á la correccion del dibujo, como poca importancia dan los sabios europeos á que sea mas ó menos bonita la letra con que escriben sus trabajos.

No puede negarse que los pueblos montañeses de Méjico pertenecen á una raza de hombres que, á semejanza de muchas hordas tártaras y mogólicas, se complace en imitar la forma de los objetos; pues por do quiera, en Nueva-España, como en Quito y en el Perú, saben los Indios pintar y esculpir, y llegan a copiar servilmente cuanto se ofrece á su vista; mas aunque despues de la llegada de los Europeos han aprendido á dar mayor correccion á los contornos, nada revela que estén penetrados de ese sentimiento de lo bello, sin el cual no pasan de artes mecánicas la Pintura y la Escultura. Bajo este respecto, y en otros muchos mas, se parecen á los del Asia oriental los pueblos del Nuevo-Mundo.

Concibese, por otra parte, que el frecuente uso de la pintura geroglífica mixta, debe estragar el gusto de una nacion, acostumbrándola al aspecto de las mas repugnantes figuras y formas las mas lejanas de las exactas proporciones. Los Egipcios, en la perfeccion de su escritura, para indicar que un rey, en tal ó cual año, venció á una nacion vecina, colocaban en la misma línea un corto número de geroglíficos aislados que expresaran toda la serie de ideas que querian recordar; caracteres que en su mayoría eran figuras de objetos inanimados; pero el Mejicano, por el contrario, se veia obligado á pintar, para resolver igual

problema, un grupo de dos personas, el Rey armado, echando por tierra al guerrero que llevaba los blasones de la ciudad conquistada. Partiendo de aquí, y para facilitar el empleo de estas pinturas históricas, se empezó á no dibujar mas que lo absolutamente indispensable para reconocer los objetos; quitando los brazos á una figura representada en actitud de no poderlos utilizar. Además de esta simplificacion, se fijaban de antemano las formas que pudiéramos llamar principales, las que indicaban una Divinidad, su templo, un sacrificio; pues en verdad que hubiera sido dificilísima la inteligencia de las pinturas, si á cada artista le fuera permitido variar á su antojo objetos que con tanta frecuencia habian de désignarse. Pudo, como se ve, aumentar mucho la civilizacion de los Mejicanos, sin que dejaran las formas incorrectas á que por tantos siglos se hallaban afectos. Un pueblo montañés y guerrero, robusto aunque de gran fealdad, segun los principios de belleza de los Europeos, embrutecido por el despotismo, acostumbrado á las ceremonias de un culto sanguinario, está ya por sí mismo poco dispuesto para elevarse al cultivo de las Bellas Artes; la costumbre de pintar en vez de escribir; el contínuo aspecto de formas desproporcionadas; la obligacion de conservarlas sin alteracion alguna, son circunstancias que debian contribuir á que se perpetuara el mal gusto entre los Mejicanos.

Buscamos inútilmente en la meseta del Asia central, 6 mas al Norte y al Este, pueblos que hayan usado esa pintura geroglifica que encontramos en el pais de Anahuac desde el siglo vii; pues si bien los Kamtchadales, Tongusos y otras tribus de la Siberia, descritas por Strahlenberg, representan por medio de figuras los sucesos históricos, y en todas las zonas, como ya hemos dicho, existen naciones que mas ó menos se dedican á aquel género de pinturas, hay gran diferencia de una lámina en que se trazan algunos caracteres y esos manuscritos mejicanos compuestos bajo sistema uniforme y que pueden reputarse como los anales del Imperio. Ignoramos si estas pinturas geroglíficas se inventaron en el Nuevo-Continente, ó si se deben á la emigracion de tribus tártaras que conocian la exacta duracion del año, y cuya civilizacion fuese tan antigua como la de los Oiguros de la meseta de Turfan. Si en el Antiguo-Continente no hallamos pueblo alguno que empleara la pintura con la extension que los Mejicanos, es porque en Europa y Asia no vemos una civilizacion igualmente adelantada en el conocimiento de un alfabeto ó de ciertos caracteres que le remplazasen, como las cifras de los Chinos y Coreos.

Servíanse los pueblos de Anahuac antes de la introduccion de la pintura geroglífica, de esos nudos y esos hilos de colores que los Peruanos llaman quipus y se encuentran tambien en el Canadá y muy antiguamente en China. Boturini ha tenido la fortuna de procurarse verdaderos quipus mejicanos ó nepohualtzitzin, que se hallaron en el pais de los Tlascaltecas. En las grandes emigraciones de los pueblos, los de América pasaron de Norte á Sud, como los Iberos, Celtas y Pelasgos refluyeron del Este al Oeste, y es fácil que los antigues habitantes del Perú atravesaran en otro tiempo la Meseta de Méjico; pues Ulloa (1), familiarizado con el estilo de la arquitectura peruana, nos dice que llamó su atencion la extraordinaria semejanza que presentaban, por la distribucion de puertas y nichos, algunos edificios de la Luisiana Occidental, con los tambos mandados construir por los Incas; siendo no menos notable que las tradiciones recogidas en Lican, antigua capital del Reino de Quito, nos

El uso de la escritura y de los geroglíficos hicieron olvidar en Méjico, como en China, el de los nudos ó nepohualtzitzin; cambio verificado hácia el 648 de nuestra era. Los Toltecas, pueblo setentrional, pero muy adelantado, aparecen en las montañas de Anahuac, al Este del Golfo de California, diciéndose arrojados de un pais que se llama Huehuetlapalan, situado al Noroeste del Rio Gila. Llevan consigo pinturas que, año por año, indican los sucesos de su emigracion, y pretenden haber dejado su pátria, cuya posicion nos es desconocida, el 544; época precisamente en que la total ruina de la dinastía de los Tsin, ocasionó grandes conmociones en los pueblos del Asia oriental; circunstancia que es muy digna de tenerse en cuenta. Imponian los Toltecas á las ciudades que fundaban, los nombres de aquellas otras del pais boreal que se vieron obligados á abandonar; por cuya razon seria posible llegar á conocer el origen (1) de los Toltecas, Cirimecas, Acolhues y Aztecas, naciones que hablaban la misma lengua y penetraron sucesivamente en Méjico, por igual camino, si algun dia se descubre en el Norte de América ó Asia un pueblo que use los nombres de Huehuetlapalan, Aztlan, Teocolhuacan, Amaquemecan, Tehuajo y Copala.

La temperatura de la costa Noroeste de América hasta el paralelo 53, es mas suave que la de las orientales, y da lugar á creer que antiguamente progresó la civilizacion bajo este clima, y aun en mas elevadas latitudes, la circunstancia de que todavía á los 57 grados, en el canal de Cox y bahía de Norfolk, que Marchand denomina Golfo Tchin-

indiquen que los Puruays conocieron los quipus mucho tiempo antes de que los descendientes de Manco-Capac les subyugaran.

⁽¹⁾ Noticias americanas, pág 43..

⁽¹⁾ Clavijero, Historia de Méjico, t. I, p. 126, t. IV, p. 29 y 46.

kitaneo, sientan los indígenas un gusto decidido por las pinturas geroglíficas en madera. Tengo examinado si estos pueblos industriosos, y en general de carácter dulce y afable, son colonos mejicanos allí refugiados despues de la llegada de los Españoles, ó si descienden mejor de las tribus Tolteca ó Azteca que se quedaron en dichas regiones boreales, cuando la irrupcion de los pueblos del Aztlan. Por el feliz concurso de múltiples circunstancias se levanta el hombre á una cierta altura, aun en aquellos climas que favorecen menos el desarrollo de seres organizados; vemos en confirmacion de esto, que junto al círculo polar, en Islandia, cultivan los Escandinavos las Letras y las Artes desde el siglo XII, y con mayor éxito que los habitantes de Dinamarca y Prusia.

Parece que algunas tribus Toltecas se mezclaron á las naciones que otro tiempo vivieron en la orilla oriental del Misisipí y Oceano Atlántico. Los Iroqueses y Hurones pintaban geroglíficos sobre madera de gran semejanza (1) con los de los Mejicanos, y tambien indicaban los nombres de las personas que querian designar, valiéndose del artificio que tenemos ya referido. Asi mismo tenian los indígenas de Virginia, pinturas llamadas saghohoh, que representaban por caracteres simbólicos los acontecimientos ocurridos en el espacio de sesenta años, y eran una especie de ruedas grandes divididas en sesenta rayos ú otras tantas partes iguales. Lederer (2) dice haber visto uno de estos ciclos geroglíficos en la aldea india de Pommacomek, y en el cual se señalaba la llegada de los blancos á aquellas costas por un cisne vomitando llamas, que á la vez figuraba el

color de los Europeos, su venida por agua y el daño que sus armas de fuego habian hecho á los Pieles-Rojas.

El uso de las pinturas y el del papel de agave se extendia mucho mas allá de los límites del imperio de Motezuma en Méjico, llegando hasta las orillas del lago de Nicaragua, donde los Toltecas habian llevado con sus emigraciones, su lengua y sus artes. Los habitantes de Teochiapan, del Reino de Guatemala, conservaban tradiciones que subian hasta un gran diluvio, despues del cual habian ido sus antepasados dirigidos por el jefe Votan (1) allí, desde un país situado hácia el Norte, de cuya familia existian descendientes en la aldea de Icopixca el siglo xvi. Cuantos hayan estudiado los tiempos heróicos de la historia de los Escandinavos, se admirarán de encontrar en Méjico un nombre que recuerda el de Vodan ú Odin, que reinó entre los Escitas, y cuya raza, á juzgar por lo que dice Beda (2), ha dado á muchos pueblos sus Reyes.

Si fuese cierto, como suponen algunos sábios, que esos mismos Toltecas, arrojados de la meseta de Anahuac á mediados del siglo XI de nuestra era, por razon de una peste y una gran sequía, reaparecieron en la América Meridional como fundadores del Imperio de los Incas, cabe preguntar cómo no abandonaron los Peruanos sus quipus, y adoptaron la escritura geroglífica de los Toltecas. Casi por la misma época, á principios del siglo XII, lievó libros latinos á Tierra-Nueva, en Vinlandia, no al continente americano, un obispo groenlandés; quizás los que encontraron allí en 1380 los hermanos Zeni (3)

(3) Vioje (Venecia, 1808), p. 67.

⁽¹⁾ Lasstau, t. II, p. 43, 225, 416.—La Hontan, Vioje à la América etentrional, t. II, p. 193.

⁽²⁾ Diario de los sábios, 1681, p. 75.

⁽¹⁾ Vetan ó Vodan, que es el mismo nombre por no contar la lengua de los Toltecas y Aztecas ninguna de las cuatro consonantes d, b, r, s.

²⁾ Hist. ecles., lib. I, c. XV.--Francisco Nuñez de la Vega, Canstiluciones sinodales, p. 74.

Ignoramos si las tribus de raza tolteca penetraron hasta el hemisferio austral, no por las Cordilleras de Quito y del Perú, sino es siguiendo las llanuras que se prolongan al Este de los Andes, hácia las orillas de Marañon; quizás confirme este aserto el hecho extremadamente curioso de que tuve noticia cuando mi estancia en Lima. El Padre Narciso Gilbar, Religioso franciscano, ventajosamente conocido por sus ánimos y espíritu investigador, encontró, entre los Indios independientes Panos, en las márgenes del Ucayalo, algo al Norte de la embocadura del Sarayacu, cuadernos de pinturas muy semejantes á nuestros libros en cuarto por su forma exterior. Su cubierta estaba hecha de muchas hojas de palmera encoladas juntas, y de un parénquima muy espeso; pedazos de tela de algodon, de tejido bastante fino, venian á ser otras tantas páginas reunidas por hilos de pita, cada una de las cuales tenia tres decímetros de largo por dos de ancho. Cuando llegó el Padre Gilbar á donde los Panos se hallaban, vió á un viejo que, sentado al pié de una palmera, explicaba el contenido de esta especie de libros á multitud de jóvenes que le rodeaban. No quisieron al principio los salvajes que un hombre blanco se aproximara al anciano, é hicieron saber al Misionero por medio de los Indios de Manoa, únicos que entendian la lengua de los Panos, «que las dichas pinturas contenian cosas secretas que ningun extranjero debia aprender.» Con mucho trabajo pudo el Padre Gilbar procurarse uno de esos cuadernos, que envió á Lima para que lo viera el Padre Cisneros, redactor del Mercurio peruano, periódico que llegó á Europa. Muchas personas conocidas mias han tenido en sus manos el libro del Ucayalo, cuyas páginas estaban todas cubiertas de pinturas, figurando hombres y animales, con multitud de caractéres aislados que se creyeron geroglíficos, colocados por líneas en

órden y simetría admirables, llamando especialmente la atencion la vivacidad de sus colores. Como en Lima no habia tenido nadie ocasion de ver un fragmento de manuscrito azteca, no pudo juzgarse de la identidad de estilo entre pinturas que se encontraban á ochocientas leguas unas de otras.

Quiso el Padre Cisneros depositar este libro en el convento de las misiones de Ocopa; pero sea que la persona á quien lo confió lo perdiese al pasar la Cordilllera, ó que fuese sustraido y furtivamente enviado á Europa, es lo cierto que no llegó á su destino primero; siendo inútiles cuantas gestiones se han practicado para hallar un objeto tan curioso, y lamentando demasiado tarde no haber hecho sacar copia de tales caractéres. El Misionero Gilbar, con quien formé amistad en Lima, me prometió intentar todos los medios para adquirir un nuevo cuaderno de estas pinturas de los Panos, porque sabia que tienen muchos, y dicen que los han recibido de sus padres. La explicacion que de las pinturas dan parece fundarse en una tradicion antigua perpetuada en algunas familias. Los Indios de Manca, á quien encomendó el Padre Gilbar la tarea de adivinar el sentido de los caracteres, pensaron que indicaban viajes y guerras remotas con hordas vecinas.

Difieren los Panos muy poco del resto de los salvajes que viven aquellas húmedas y calurosísimas selvas; están desnudos y se alimentan de plátanos y de los productos de la pesca, hallándose bastante lejos de conocer la pintura y de experimentar la necesidad de comunicar sus ideas por medio de signos gráficos. No parecen, á semejanza de la mayoría de las tribus fijadas en las orillas de los grandes rios de la América Meridional, que sean muy antiguos en el lugar que habitan, y cabe preguntar respecto de ellos, si son los Panos débiles restos de algun pueblo civiliza-

do vuelto al embrutecimiento, ó si descienden de los mismos Toltecas que llevaron el uso de las pinturas geroglíficas á Nueva-España, y rechazados por otras naciones, desaparecen á orillas del lago de Nicaragua. Cuestiones son estas de gran interés para la historia del hombre, y que se ligan á otras cuya importancia apenas se reconoce.

De figuras de tigre, de cocodrilo y otros caractéres que pudieran tomarse por simbólicos, se hallan cubiertas esas rocas graníticas que se levantan de las sábanas de la Guyana, entre el Casiquiaro y el Conorichito, y quinientas leguas, al Norte ó al Oeste, se encuentran análogos dibujos, en las márgenes del Orinoco, cerca de Encaramada y Caicara; en las orillas del Rio Cauca, junto á Timba, entre Cali y Jelima, en la meseta misma de las Cordilleras, en el Páramo de Guanacas. No conocen los pueblos indígenas de estas regiones el empleo de los útiles metálicos, y todos convienen en que tales caractéres existian ya cuando sus antepasados llegaron á estas comarcas. En el estado de nuestros conocimientos, difícilmente puede resolverse el problema de si se deben ó no á los Toltecas, Aztecas y grupo de los pueblos procedentes del Aztlan, esas huellas de una antigua civilizacion, así como el determinar en qué comarca residió el foco de esta cultura, si al Norte del Rio Gila, en la meseta de Méjico, ó en el hemisferio del Sud, en esas elevadas llanuras de Tianahuacu, que ya los Incas mismos encontraron cubiertas de ruinas de grandeza imponente, y que pueden reputarse como el Himala y el Tibet de la América Meridional.

Despues de haber examinado las relaciones que ofrecen las pinturas mejicanas con los geroglíficos del antiguo mundo, y de haber procurado dar alguna luz respecto del orígen y las emigraciones de las naciones que introdujeron en Nueva-España el uso de la escritura simbólica y la fabricacion del papel, hablaremos de los manuscritos (Codices mexicani), que han pasado á Europa desde el siglo xvi, y que se conservan en las bibliotecas públicas y privadas. Rarísimos son esos preciosos monumentos de un pueblo que parece haber luchado en su marcha hácia la civilizacion con los mismos obstáculos que se oponen al adelantamiento de las Artes entre todas las del Norte, y aun del Este del Asia.

Segun las investigaciones que tengo hechas, no hay mas que seis colecciones de pinturas mejicanas en Europa; que son: la del Escorial, Bolonia, Veletri, Roma, Viena y Berlin. Supone el sábio jesuita Fábregas, citado frecuentemente por Zoega en sus obras, algunos de cuyos manuscritos relativos á las antigüedades aztecas, he visto gracias á la atencion de Borgia, sobrino del cardenal del mismo apellido, que en el Archivo de Simancas existen tambien algunas de esas pinturas geroglíficas que Robertson llama acertadamente picture-writings.

Waddilove (1), limosnero de la embajada inglesa en Madrid en tiempo de lord Grantham, ha examinado la coleccion del Escorial que tiene la forma de un libro in-fólio; circunstancia que hace pensar si será copia de un manuscrito mejicano, pues los originales que tengo vistos se parecen todos á volúmenes in-quarto. Los objetos representados obligan á creer que la dicha coleccion, como las de Italia y Viena, son libros astrológicos ó verdaderos rituales, indicadores de las ceremonias religiosas de tal ó cual dia del mes; hallánse al final de cada una de esas páginas explicaciones en español, que se pusieron cuando la Conquista.

La coleccion de Bolonia sehalla depositada en la Biblio-

⁽¹⁾ Roberts n, Hist. de América, 1802, vol. III, p. 403.